

## La evaluación de varones y mujeres de sus papeles como cónyuges y como padres y madres: análisis de las relaciones entre ambos roles\*

Susana Menéndez  
*Universidad de Huelva*  
M<sup>a</sup> Victoria Hidalgo  
*Universidad de Sevilla*

*El artículo se centra en dos de los principales roles de la adultez y en las relaciones que se establecen entre ellos. En concreto se exploran las conexiones entre la calidad percibida de las relaciones conyugales y los procesos de evaluación de la maternidad y la paternidad, referidos tanto al propio desempeño como padre o madre como al de la pareja. Los resultados reflejan la existencia de estas relaciones, e igualmente indican que éstas varían principalmente en función del sexo del progenitor y, en menor medida, del hecho de que la mujer trabaje fuera del hogar o no lo haga.*

*Palabras clave: maternidad, paternidad, autoevaluación, evaluación de la pareja, relación conyugal, diferencias de género, estatus laboral de las madres.*

*This article deals with two important roles of adulthood, and the links between them. We explore the relationships between the quality of the marital relationship and both self- and partner evaluation as mother or father. Results show the existence of these relationships and their variation as a function of both gender and mothers' professional status.*

*Key words: Motherhood, fatherhood, self-evaluation, partner-evaluation, marital relationship, gender differences, mother's professional status.*

Existe ya en psicología evolutiva una sólida trayectoria de investigación en torno a las experiencias que, desde una perspectiva psicosocial, definen la

---

\* Los resultados de los que se informa proceden de una investigación realizada en el marco del Convenio firmado entre el Servicio Andaluz de Salud de la Junta de Andalucía y el Área de Psicología Evolutiva de la Universidad de Sevilla, para la *Cooperación en actividades de educación materno-infantil*, dirigido por Jesús Palacios.

*Correspondencia:* Susana Menéndez. Departamento de Psicología. Universidad de Huelva. Avda. de las Fuerzas Armadas, s/n. 21007 Huelva. Correo electrónico: menendez@uhu.es  
M<sup>a</sup> Victoria Hidalgo. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Universidad de Sevilla. Avda. Camilo José Cela, s/n. 41018 Sevilla. Correo electrónico: victoria@us.es

adulthood. A diferencia de otras etapas evolutivas, en cuya conceptualización resulta de utilidad la edad en un sentido biológico y cronológico (Palacios, 1999), este periodo de la vida viene definido por la edad en un sentido social o psicosocial, es decir, está estrechamente ligado al acceso y desempeño de papeles social, cultural e históricamente definidos (Blanco, 1985; Bueno, Vega y Buz, 1999; Palacios, 1999). Las exigencias de diverso tipo que implican estos papeles, las actividades que llevan aparejadas, y las consecuencias que se derivan de asumirlos, resultan de capital importancia a la hora de definir tanto los límites como el contenido mismo de la etapa adulta. Así, la psicología evolutiva interesada en este periodo del ciclo vital ha prestado atención a lo que, bajo diferentes acepciones (sucesos, demandas, tareas, acontecimientos vitales, ...), se consideran las experiencias determinantes de la adultez como etapa evolutiva. En este sentido, existe un importante acuerdo a la hora de señalar que tanto el establecimiento de una *relación de pareja* como la experiencia de la *paternidad* y la *maternidad* constituyen, junto a todo lo relacionado con el rol laboral, los principales eventos sobre los que se asienta la adultez, lo cual confiere a la familia un papel de extraordinaria relevancia como contexto de desarrollo psicológico no sólo infantil y adolescente, sino también durante la etapa adulta (Bueno *et al.*, 1999; Palacios, 1999; Serra, Gómez, Pérez-Blasco y Zacarés, 1998).

La importancia de las experiencias familiares de cara al desarrollo socio-personal durante la adultez ha sido señalada de forma clásica desde diversas perspectivas. Para Erikson (1980) la relación de pareja y la crianza y educación de los hijos o las hijas constituyen las experiencias vitales que tienen más peso y que contribuyen con más fuerza al desarrollo de la intimidad y la generatividad respectivamente, etapas ambas definitorias de la identidad durante la adultez según la descripción de este autor. También desde la insistencia en las claves psicosociales de la adultez, y como señala Blanco (1985), se asume que los papeles definitorios de la etapa adulta, por su carácter normativo o cuasinormativo, funcionan como auténticas demandas o imperativos sociales, como «relojes sociales» que van delimitando lo que se espera de la persona al llegar a cierta edad, de forma que desempeñan un importante papel en la construcción y definición social del yo. Así, estas experiencias funcionan como variables mediadoras entre el sistema histórico-social en el que un individuo crece y se desarrolla, y la identidad que, en indisoluble relación con dicho contexto, el individuo va construyendo y definiendo (Blanco, 1985).

En definitiva, la paternidad y la maternidad, por un lado, y la vida de pareja, por otro, son dos de las experiencias vitales con más peso a la hora de configurar el desarrollo durante la etapa adulta. Tanto sobre la experiencia de ser padre o madre, como sobre la dinámica de las relaciones conyugales, existe una extensa literatura procedente de los estudios sobre el desarrollo adulto y el sistema familiar. De la revisión de esta literatura nos interesa destacar dos cuestiones sobre las que existe un importante acuerdo y que son centrales para el trabajo que aquí presentamos. En primer lugar, la investigación en torno a esta temática pone de manifiesto que ambos papeles guardan importantes conexiones entre sí y, de hecho, funcionan de forma interdependiente y mutuamente influyente, lo cual resulta lógico y esperable desde una conceptualización ecológico-sistémica

del desarrollo (Emery y Tuer, 1993; Floyd, Gillion y Costigan, 1998; Parke, 1995; Schaffer, 1996; Wilson y Gottman, 1995). Por otra parte, y también en congruencia con este marco teórico, se asume que tanto la paternidad como la vida conyugal mantienen una estrecha relación con procesos externos a la familia, entre los que destacan claves relacionadas con la cultura y el momento histórico en el que la persona se desarrolla. Así, las expectativas que hombres y mujeres sostienen respecto a ambas experiencias, la percepción de su efectividad y de su actuación en ambos papeles, y, en general, su desempeño y su nivel de satisfacción con ambas facetas de su vida, constituyen elementos muy relevantes a la hora de delimitar tanto su identidad como su nivel global de estabilidad y satisfacción personal. Pero este proceso está estrechamente ligado a las características del entorno socio-histórico que delimitan el significado social de ambas experiencias, de forma que los valores culturales imperantes al respecto mediatizan las expectativas que el sujeto genera y la percepción que de sí mismo tiene en relación con ambas facetas de su vida, y, en definitiva, hacen imposible abordar el desarrollo psicológico adulto sin tomar en consideración las características del contexto socio-cultural e histórico en el que dicho desarrollo tiene lugar (Blanco, 1985; Bueno *et al.*, 1999; Marks y Lambert, 1998; Palacios, 1999).

A lo largo de este trabajo nos vamos a centrar en la relación entre algunas dimensiones relativas a dos de los papeles definitorios de la adultez, el rol como cónyuge y el rol como padre o madre. En concreto, vamos a explorar las relaciones existentes entre la percepción que varones y mujeres tienen de su relación conyugal y las valoraciones que hacen de sí mismos y de sus parejas como padres y madres. Igualmente analizaremos si estas relaciones varían en función de dos índices socio-personales en los que se reflejan las características histórico-culturales que influyen en el sistema familiar: el sexo de los progenitores y el estatus laboral de las madres.

La relevancia de las características de la relación conyugal de cara a la actuación como padre y madre queda ampliamente recogida en la literatura sobre esta temática. La mayor parte de los resultados empíricos que evidencian esta relación proceden de estudios que se han ocupado de abordarla en su versión más negativa, de forma que contamos con abundantes datos que ponen de manifiesto la consistente relación que existe entre los conflictos conyugales y la distorsión de las prácticas educativas, con los consiguientes problemas de diverso tipo en hijos e hijas, particularmente si éstos presencian los conflictos entre la pareja y dichos conflictos son fuertes, frecuentes, y terminan siendo crónicos por no resolverse (Emery y Tuer, 1993; Cox, Paley, Payne, y Burchinal, 1999; Floyd, *et al.*, 1998; Wilson y Gottman, 1995). No obstante, y como señalan Floyd y sus colaboradores (1998), es importante prestar igualmente atención (y abordar de forma empírica) al sentido más positivo de estas relaciones, pues diversas dimensiones relacionadas con la actuación como padre y madre se ven optimizadas en el seno de unas buenas relaciones de pareja.

En este sentido, probablemente el bloque de estudios que en mayor medida deja bien documentada la interrelación entre los papeles de mujeres y varones como cónyuges y como progenitores es el que se ocupa de los procesos de cambio y continuidad durante la transición a la maternidad y la paternidad (Belsky y

Rovine, 1990; Cowan y Cowan, 2000; Cowan, Cowan, Heming y Miller, 1991; Feldman, 1987; Hidalgo, 1994, 1996, 1998; Hidalgo y Menéndez, 2002; Levy-Shiff, 1994; Terry, McHugh y Noller, 1991; Tomlinson e Irvin, 1993; Wallace y Gotlib, 1990; entre otros). Estas investigaciones indican que es precisamente una buena relación de pareja la dimensión que en mayor medida se asocia a una adaptación y un ajuste más satisfactorio durante el proceso de convertirse en madres y padres. Estos resultados reflejan por tanto que la relación entre los papeles como cónyuges y progenitores existe de forma clara y significativa desde el principio, pues se manifiesta ya en torno al proceso de formación de uno de ellos, y también muestran que, desde esta fase inicial, ambos papeles influyen mutuamente entre sí, pues, como señalan Emery y Tuer (1993) y Floyd y colaboradores (1998), el típico decremento en la calidad de las relaciones de pareja que se asocia a la llegada del bebé no hace sino atestiguar cómo también la paternidad y la maternidad influyen en las relaciones conyugales.

Dentro de las dimensiones relativas al desempeño como padres y madres que muestran relación con la dinámica de la pareja, en la literatura más reciente sobre el tema se vienen revelando como particularmente importantes las actitudes y opiniones que varones y mujeres sostienen hacia esta faceta de sus vidas, dentro de las cuales destacan los procesos evaluativos en relación con el ejercicio de la paternidad y la maternidad (Binda y Crippa, 2000; Bornstein *et al.*, 1998; Holden, 1995; Knauth, 2000). De cara a la temática que aquí nos ocupa, la relevancia de estos procesos evaluativos es doble.

Por un lado, existen estudios que se han ocupado de explorar la relación entre la percepción de competencia que el adulto tiene de sí mismo como padre o madre y diferentes facetas relacionadas con su actuación como tal. Estos estudios ponen de manifiesto que, en general, el sentimiento de autocompetencia percibida constituye una importante variable del «clima» tanto cognitivo como emocional en el que tienen lugar las prácticas educativas, pues se relaciona con una actuación más competente y efectiva como padre o madre, ya sea directamente, aportando la base de seguridad y confianza desde la que desenvolverse como un progenitor o progenitora que configura un ambiente educativo estimulante, o indirectamente, ejerciendo un papel mediador entre las atribuciones y percepciones de los padres y madres en relación con su papel como tales y las conductas que éstos despliegan en diversas situaciones (Bornstein *et al.*, 1998; Coleman y Karraker, 2000; Marks y Lambert, 1998). Así, disponemos de evidencias que reflejan la relación entre una autoevaluación positiva como padre o madre y una adecuada adaptación a estos papeles durante la transición a la paternidad y la maternidad (Hidalgo, 1994, 1998), la atenuación de la influencia de trastornos depresivos en el comportamiento de las madres (Gross, Conrad, Fogg y Wothke, 1994; Olio y Aboud, 1991; Teti y Gelfand, 1991), o una implicación más activa por parte de los varones en la crianza y el cuidado de sus hijos y sus hijas (Bailey, 1986; Beitel y Parke, 1993, citados en Parke, 1995; Crouter, Perry-Jenkins, Huston y McHale, 1987; McBride, 1989).

Pero la importancia de los procesos evaluativos no se deriva únicamente de la relación entre la autocompetencia percibida y la actuación como padre o madre, sino del importante papel mediador que, en un plano explicativo, parece

desempeñar no ya la propia autoevaluación como padre y madre sino la valoración que se hace de la pareja como progenitor o progenitora. Así, y a pesar de que la relación entre la calidad de las relaciones conyugales y la actuación como padre y madre queda bien documentada, no parece que los mecanismos que explican esta relación consistan en una influencia directa. Por el contrario, diversos autores vienen proponiendo que la conexión entre ambos procesos responde a un modelo mediacional, desde el que se plantea que el constructo que enlaza la calidad de las relaciones conyugales, por un lado, y el desempeño como madres o padres, por otro, es el tipo de evaluación y valoración que se hace y/o percibe del cónyuge como progenitor o progenitora, componente específico y diferenciado de la relación entre la pareja al que en la literatura sobre el tema se denomina «alianza parental» (*parental o parenting alliance*). Se trata de un constructo que procede de la psicoterapia familiar y que se fundamenta inicialmente en observaciones clínicas (Cohen y Weissman, 1984, citados en Emery y Tuer, 1993), aunque durante los últimos años se viene igualmente explorando su papel en procesos familiares normativos, con resultados satisfactorios (Emery y Tuer, 1993; Floyd *et al.*, 1998; McBride y Rane, 1998). La alianza parental hace referencia al conocimiento y la imagen que cada miembro de la pareja tiene sobre las habilidades y competencias del cónyuge como progenitor o progenitora, así como al grado de respeto y la valoración que hace de las mismas y de la actuación del otro como padre o madre. Tiene por tanto componentes cognitivos y emocionales, y constituye una dimensión de la relación conyugal que, no obstante, y como ya hemos señalado, es específica y diferenciada, como lo atestiguan los análisis factoriales realizados por Abidin y Brunner, (1995), Frank, Jacobson y Hole (1986) (citados en Floyd *et al.*, 1998) y Floyd *et al.* (1998).

Desde el modelo mediacional se propone que la alianza parental representa la interrelación entre los papeles como cónyuges y progenitores, y que de hecho explica la conexión y el carácter mutuamente influyente que existe entre los mismos. Así, y como muestran Frank y sus colaboradores (Frank, Hole, Jacobson, Justkowski y Huck, 1986; Frank *et al.*, 1986; ambos citados en Emery y Tuer, 1993, y Floyd *et al.*, 1998), la alianza parental correlaciona con diversas dimensiones tanto de la calidad de la relación de pareja como de la actuación como progenitores, es decir, los padres y las madres que más y mejor conocen y valoran al cónyuge como progenitor o progenitora tienden, por un lado, a mantener con su pareja una relación conyugal descrita en términos muy positivos, y, por otra parte, se desenvuelven como padres y madres de forma competente y eficaz. El papel mediador de la alianza parental aparece evidenciado cuando se efectúan análisis (principalmente curvas de regresión o bien ecuaciones estructurales por pasos) que muestran que es precisamente este constructo el que explica en mayor medida la conexión entre la calidad de la relación conyugal y la actuación como padres y madres, conexión que desaparece de forma directa en los análisis al introducir en éstos las medidas de alianza parental. Es el caso de los resultados de los que informan McBride y Rane (1998), que encuentran que la mayor parte (22%) de la varianza en el grado de implicación de los varones en la crianza y el cuidado de sus hijos y sus hijas respondía a componentes de la alianza parental tanto de los padres (en concreto, el grado de apoyo y confianza que percibían de

cara a su papel como padres por parte de sus compañeras), como de las madres (la valoración que éstas hacían del varón como padre y su percepción de mantener con su pareja una filosofía y una vivencia compartidas de la paternidad), mientras que la calidad de la relación conyugal explicaba sólo un 1% de la varianza en la implicación del padre. En una investigación de otras características el equipo de Floyd (Floyd *et al.*, 1998) informa de resultados que también apoyan el modelo mediacional. La investigación consistió en un estudio longitudinal realizado con una muestra de familias con hijos e hijas con retraso mental, y los resultados evidenciaron que la competencia percibida como progenitores y su cambio o continuidad con el paso del tiempo dependían significativamente más de la alianza parental que de la calidad de las relaciones conyugales, lo cual, además, se constataba en dos modelos mediacionales testados mediante sendos *path analysis*, efectuados por separado para madres y padres.

Las investigaciones revisadas dejan claro, por tanto, que los roles como cónyuges y progenitores mantienen importantes relaciones entre sí, que en éstas desempeñan un papel muy relevante los procesos evaluativos en relación con la maternidad y la paternidad, y que este complejo cuadro de relaciones tiene, a su vez, una proyección muy significativa de cara a la actuación como madre o padre. No obstante, y como hemos señalado más arriba, al igual que sucede en general con otros procesos evolutivos durante la adultez, su carácter eminentemente psicosocial conlleva entre otras cosas que estos papeles, y presumiblemente la relación entre los mismos, estén condicionados por las características de la cultura y el momento histórico de que se trate. En este punto, y de cara al trabajo empírico que se presenta en este informe, nos parecen especialmente destacables dos fuentes de variación a través de las cuales se traduce la influencia de estas claves socio-culturales.

Por un lado la vivencia de ambos papeles, la importancia atribuida a los mismos, y el balance y la relación que se establece entre ellos en nuestra cultura, y a pesar de los innegables cambios a los que venimos asistiendo en las últimas décadas, continúan siendo distintos para varones y mujeres. Así *las diferencias ligadas al género* se ponen de manifiesto en numerosas dimensiones del desarrollo psicológico durante la adultez, y se reflejan con especial contundencia en los procesos familiares. En el caso de la paternidad y la maternidad los datos disponibles nos permiten afirmar que la distinción con la que comienza esta frase y que, en general, venimos haciendo a lo largo de este texto, no es un simple recurso lingüístico: en la actualidad, ser madre o padre continúan constituyendo experiencias muy diferenciadas, porque varones y mujeres continúan siendo socializados de forma distinta en el seno de una cultura que, aunque tiende de forma progresiva a la igualdad, sigue abrigando estereotipos de género diferenciados para ambos.

Ya durante el mismo proceso de acceder a la maternidad o la paternidad las diferencias entre ambos sexos se ponen de manifiesto en todos los niveles de esta transición evolutiva, de forma que, tanto en el plano individual como en el relacional, varones y mujeres caminan a ritmos distintos y experimentan procesos de cambio y continuidad significativamente diferentes, lo cual, de hecho, lleva a que en las revisiones sobre el tema se conceptualicen, dentro de este pro-

ceso, dos transiciones diferentes (Cowan *et al.*, 1991; Cowan y Cowan, 2000; Hidalgo, 1994, 1996, 1998; Hidalgo y Menéndez, 2002). Una vez que la transición a la maternidad y la paternidad ha finalizado, durante todo el periodo de la infancia de los hijos y las hijas el desempeño como padre y madre tiene un enorme peso dentro de la configuración del autoconcepto adulto, pero su relevancia es mucho más significativa y central en el caso de las madres (Chodorow, 1992; Whitbourne, 1986, citados en Serra *et al.*, 1998; Hooker, Fiese, Jenkins, Morfei y Schwagler, 1996). Si, por citar un tercer ejemplo, nos situamos en el plano de la crianza y el cuidado infantil, los datos que hemos revisado en otro lugar (Menéndez, 1999; Menéndez e Hidalgo, 1999) acerca del reparto diferencial de estas tareas y, en general, sobre la mayor responsabilidad de las madres en este terreno, hablan por sí solos.

No obstante, hemos encontrado pocos estudios que exploren las posibles diferencias entre madres y padres en la relación entre sus papeles como cónyuges y progenitores, debido principalmente a que una buena parte de estas investigaciones trabajan con muestras formadas únicamente por mujeres. La excepción a esta pauta viene representada por los estudios sobre la transición a la maternidad y la paternidad, que muestran con claridad cómo la importancia de unas relaciones conyugales sólidas y satisfactorias de cara a un mejor ajuste al nuevo rol y, en general, a una transición óptima, aunque se pone de manifiesto en ambos casos, resulta más relevante para los padres (Belsky y Rovine, 1990; Cowan y Cowan, 2000; Cowan *et al.*, 1991; Feldman, 1987; Levy-Shiff, 1994; Terry *et al.*, 1991; Tomlinson e Irvin, 1993; Wallace y Gotlib, 1990). Estos resultados, como hemos discutido en otro lugar (Hidalgo, 1994, 1996, 1998; Hidalgo y Menéndez, 2002), parecen indicar que mientras que las madres *se benefician* del apoyo de su pareja, muchos padres *necesitan* dicho apoyo para atravesar esta importante transición evolutiva de forma satisfactoria.

Junto a lo anterior, podemos aportar algunas evidencias empíricas de diferencias ligadas al género en los procesos evaluativos relacionados con la maternidad y la paternidad procedentes de dos investigaciones realizadas previamente por nuestro equipo. Así, por un lado, en un amplio estudio centrado en la transición a la paternidad y la maternidad realizado por una de nosotras (Hidalgo, 1994, 1996, 1998) encontramos que cuando los bebés contaban con 10 meses de edad aparecía una tendencia, cercana a la significatividad estadística, a que las madres se autoevaluaran mejor que los padres y se mostraran además más satisfechas y cómodas que éstos con su nuevo papel. Por otro lado, y en el contexto de otra investigación longitudinal llevada a cabo por nuestro equipo (Palacios, González y Moreno, 1991, 1992; Palacios y Moreno, 1996), encontramos interesantes evidencias de relación entre los procesos evaluativos de las madres y los padres y el grado de implicación de los varones en la educación de sus hijos y sus hijas cuando contaban siete años de edad (Menéndez, 1994; Menéndez y Moreno, 1994). Así, en los hogares en los que las tareas de crianza y cuidado infantil recaían fundamental o exclusivamente en las madres, éstas no diferían significativamente en la valoración que efectuaban de su pareja como padre (aspecto respecto al cual existía, de hecho, una considerable variabilidad entre una madres y otras), sin embargo ellas eran evaluadas por sus maridos en términos muy po-

sitivos («*Es una madre perfecta, la mejor*», «*Mi mujer es, con diferencia, la mejor madre que conozco*»), recibiendo las puntuaciones máximas de la escala utilizada. Por otro lado, los padres y las madres que tendían a distribuirse la crianza infantil de forma más equitativa, aportaban (en entrevistas separadas) autoevaluaciones y valoraciones de la actuación del cónyuge significativamente similares que, además, se concretaban en términos muy positivos pero más realistas («*Es una madre estupenda, pero claro, nadie es perfecto*», «*Se esfuerza mucho y eso se nota luego con el crío, aunque a veces pierde un poco la paciencia, pero eso es normal*»). Estos resultados indican, desde nuestro punto de vista, que en estos hogares tanto el padre como la madre, por un lado, cuentan con criterios más realistas y objetivos a la hora de valorar su actuación y la de su pareja, y por otro, dan la impresión de compartir, además del cuidado y la educación infantil, la valoración de su desempeño en dicha educación.

Existe una segunda fuente de variación a través de la cual se aprecia la influencia que en las relaciones intrafamiliares tienen las características del entorno socio-cultural e histórico. Como se señala desde la sociología (Alberdi, 1999), de cara a la dinámica familiar el cambio social con mayores repercusiones en las últimas décadas es el acceso de las mujeres al mercado del trabajo. Según los datos de investigación disponibles *el hecho de que la mujer trabaje fuera del hogar o no lo haga* imprime diferencias en los procesos familiares. Así, y en lo referente a la evaluación de la maternidad, disponemos de algunas evidencias que reflejan una autovaloración más crítica entre las mujeres que trabajan de forma remunerada fuera del hogar, resultado que suele ser interpretado en términos de la dificultad para compatibilizar la vida familiar y laboral, y/o a la existencia de ciertos sentimientos de insatisfacción y culpabilidad entre las mujeres que intentan combinar una dimensión central de su identidad femenina como es la maternidad con otros papeles (Amstey y Witbourne, 1988; Crouter y McHale, 1993; Crouter *et al.*, 1987). En el caso de los varones, la relación que ya hemos señalado entre su grado de implicación en la crianza infantil y la autocompetencia percibida como padre se pone especialmente de manifiesto, según los resultados que ofrece Crouter (Crouter *et al.*, 1987), en los hogares en los que las madres no tienen un empleo remunerado, dato que encaja con las diferentes demandas de colaboración paterna que existen en ambos tipos de hogares y, por extensión, con los diferentes procesos a los que responde el grado de participación del padre en ambos contextos (Crouter *et al.*, 1987; Crouter y McHale, 1993; Menéndez, 1999; Menéndez e Hidalgo, 1999; Volling y Belsky, 1991). Estos últimos resultados avalan la propuesta que, desde una perspectiva ecológica, se sostiene en cuanto a que el estatus laboral de las madres no funciona sólo como un índice sociodemográfico más, sino que además contribuye poderosamente a definir dos tipos de hogares, dos microsistemas familiares ecológicamente distintos, en los que tienen relevancia factores diferentes de cara a configurar la dinámica familiar (Barnett y Baruch, 1987, 1988; Crouter y Manke, 1997; Crouter y McHale, 1993; Crouter *et al.*, 1987; Riley, 1987, 1990).

En relación con toda esta temática y sobre la base de la revisión de literatura efectuada, nuestro principal objetivo en este artículo es examinar la posible relación entre la relación conyugal y los procesos evaluativos referidos a la ma-



ternidad y la paternidad, especialmente en relación con el desempeño de la pareja. En segundo lugar, nos interesa ir más allá de las tendencias centrales de los datos, con objeto de comprobar si, como hacen prever los estudios consultados, existen diferencias sustanciales entre madres y padres en estos procesos y en la relación entre los mismos. En tercer lugar, y como también avanzan las investigaciones revisadas, trataremos de comprobar el papel desempeñado en las relaciones anteriores por el estatus laboral de las madres.

## Método

### *Participantes*

Los datos que presentamos en este informe proceden de una investigación longitudinal interesada por abordar diversos procesos de desarrollo infantil y adulto que tienen lugar a lo largo de diversos momentos del ciclo familiar. El seguimiento longitudinal comenzó en el primer trimestre del embarazo y, hasta el momento, ha constado de un total de cuatro contactos con las familias, el último de los cuales ha tenido lugar cuando los niños y las niñas cumplían cuatro años de edad. Los datos que exponemos en este trabajo proceden de la tercera fase del estudio, que se realizó cuando los bebés tenían 10-12 meses de edad.

La muestra que participó en la tercera fase del seguimiento longitudinal estaba compuesta por un total de 55 familias. Por razones diversas (generalmente debido a su escasa disponibilidad horaria por motivos laborales), en ninguna de las fases del estudio fue posible contar con la colaboración de todos los padres; en concreto, en la tercera fase de la investigación el número de familias en las que sólo participó la madre fue 15. Por tanto, disponemos de datos procedentes de un total de 95 sujetos (57.9% madres y 42.1% padres), que diferían en función de distintos índices sociodemográficos, como su nivel educativo (45.3% bajo, 42.1% medio y 12.6% alto), su hábitat de residencia (60% rural y 40% urbano), su experiencia previa como padres y madres (55.8% primíparos y 44.2% no primíparos), y el estatus laboral de las madres (en un 29,1% de las familias la mujer trabajaba fuera del hogar y en un 70.9% no).

### *Instrumentos*

En la tercera recogida de datos fueron empleados diversos instrumentos, entre los que destaca la *Entrevista del Primer Año* (EPA), diseñada y utilizada por nuestro equipo en una investigación previa (Hidalgo, 1994), y de la que proceden los datos de los que informamos en este artículo. La EPA es una extensa entrevista que explora una amplia gama de contenidos: diferentes dimensiones de la relación conyugal, distribución de las tareas domésticas y de cuidado infantil, apoyo social y amplitud y composición de las redes extrafamiliares, características de la situación laboral y relación con la dinámica familiar, etc. Esta entrevista

procede, en gran parte, de la adaptación de instrumentos utilizados por los equipos de Belsky (véase, por ejemplo, Belsky, Lang y Huston, 1986) y Powell (1986) para sus estudios sobre la transición a la maternidad y la paternidad, e igualmente incluye apartados diseñados por nosotras mismas, tanto en la investigación previa a la que hemos hecho referencia (Hidalgo, 1994) como de cara al presente estudio (Hidalgo y Menéndez, 2002; Menéndez, 1999; Menéndez e Hidalgo, 1997, 1999).

En concreto, y de cara a obtener datos sobre la *valoración del propio desempeño y de la pareja como padre o madre*, los sujetos asignaron puntuaciones dentro de una escala de 1 a 10 (desde una valoración muy negativa a una muy positiva) que reflejan las evaluaciones que hacen de sí mismos y de su pareja como madre o padre.

En cuanto a las relaciones conyugales, la EPA explora entre otros contenidos la *calidad percibida de la relación de pareja*, solicitando al sujeto que evalúe su relación conyugal en función de diversas dimensiones (grado de unión, comunicación, facilidad de las relaciones cotidianas, grado de satisfacción y perspectivas de futuro), a partir de las cuales se obtiene una puntuación total de la valoración de la relación, puntuación que oscila entre 5 y 15, y que cuanto más elevada sea indica una relación de pareja percibida como más positiva y satisfactoria. Esta escala obtuvo un índice de fiabilidad Alpha = .81

### *Procedimiento*

La muestra fue captada inicialmente en los centros sanitarios a los que las futuras madres acudían para controlar el desarrollo del embarazo, y en dichos centros tuvieron lugar las dos primeras fases del estudio. No obstante, el tercer contacto con las familias, en el que se obtuvieron los datos que aquí se presentan, consistió en dos visitas al hogar a las que acudían dos miembros del equipo de investigación, previamente entrenados en el manejo de los diversos instrumentos. A pesar de que algunos instrumentos eran administrados conjuntamente a ambos progenitores, en el caso de la EPA padres y madres fueron entrevistados de forma individual y simultáneamente en diferentes habitaciones del hogar de cada familia.

### **Resultados**

A continuación vamos a presentar los resultados obtenidos diferenciados en dos bloques. En primer lugar nos ocuparemos de las tendencias centrales de los datos de la totalidad de la muestra, es decir, sin diferenciar entre madres y padres. En segundo lugar, y con objeto de analizar si los procesos considerados difieren sustancialmente en función del género, presentaremos los resultados de los análisis efectuados tomando por separado los datos de las madres y los padres. Desde un punto de vista estadístico el sentido de este tratamiento en los

análisis es doble. Por un lado, nos permitirá comprobar si las relaciones encontradas al tratar a todos los sujetos conjuntamente tienen lugar tanto en las madres como en los padres, o si, por el contrario, los resultados generales reflejan tendencias que tienden a ser privativas de unas u otros. Por otra parte, este tratamiento también nos permitirá delimitar si al discriminar entre padres y madres en los análisis aparecen nuevas relaciones relevantes que permanecían, en cierta manera, ocultas en las tendencias centrales de los datos. En ambos bloques, presentaremos los análisis descriptivos relativos a la valoración de la propia actuación y de la del cónyuge como padre o madre, así como las relaciones existentes entre estos procesos evaluativos y la valoración de las relaciones conyugales.

### a) Tendencias centrales de los datos

En términos generales, los hombres y mujeres de la muestra realizaron una valoración bastante positiva tanto de su propia actuación como madres o padres como de la de su pareja (véase Tabla 1). Así, en una escala de 1 a 10, la media de la autoevaluación es de 7.06 y a la hora de valorar el desempeño del cónyuge la media obtenida asciende hasta 8.21. Como puede apreciarse, los sujetos tendieron a evaluar la actuación de su pareja en términos más positivos que la propia, de hecho, la diferencia promedio entre ambas puntuaciones resultó ser significativa,  $t(1,93) = -4,89$  ( $p < .001$ ). No obstante, parece existir igualmente una importante relación entre ambos procesos evaluativos, ya que la correlación entre las dos puntuaciones roza el límite de significación estadística ( $r = .189$ ,  $p = .059$ ).

Las dos dimensiones mostraron importantes diferencias entre madres y padres, como describiremos en el siguiente apartado. Junto a estas diferencias, los procesos evaluativos en relación con la maternidad y la paternidad aparecieron relacionados con otros índices sociodemográficos. En concreto, encontramos diferencias en la valoración del desempeño del cónyuge en función del nivel educativo y de la experiencia previa como padres y madres: los análisis realizados muestran una evaluación más negativa de la actuación de la pareja entre los sujetos de nivel de estudios bajo,  $F(2,88) = 4.65$  ( $p < .01$ ), y en los padres y madres primíparos,  $t(2,87) = -1.94$  ( $p < .05$ ).

Los sujetos de la muestra también valoraron su relación conyugal en términos bastante positivos, pues la puntuación promedio obtenida asciende a 13.45 en una escala que, como se recordará, tiene como límite máximo el 15. A diferencia de los datos anteriores, en este caso no encontramos relaciones significativas entre la valoración de la relación conyugal y los diversos índices sociodemográficos.

En cuanto a la posible relación entre las dimensiones anteriores (véase Tabla 2), los análisis efectuados con la totalidad de la muestra indican que las características de la relación conyugal no se relacionan con la autoevaluación como padre o madre pero sí con la valoración del desempeño de la pareja. En concreto, se observa una clara tendencia a evaluar mejor la actuación del cónyuge como padre o madre conforme mejor se valore la relación conyugal ( $r = .378$ ,  $p < .001$ ).

TABLA 1. RELACIÓN CONYUGAL Y PROCESOS EVALUATIVOS: ANÁLISIS DESCRIPTIVO, EN GENERAL Y POR SEPARADO, PARA MADRES Y PADRES

|                         | General      |          | Madres       | Padres       |          |
|-------------------------|--------------|----------|--------------|--------------|----------|
|                         | Media (DT)   | t        | Media (DT)   | Media (DT)   | t        |
| Autoevaluación          | 7,06 (1,79)  | -4,89*** | 7,5 (1,78)   | 6,45 (1,63)  | 2,96**   |
| Evaluación de la pareja | 8,21 (1,84)  |          | 7,55 (2,05)  | 9,1 (1,01)   | -4,37*** |
| Relación conyugal       | 13,45 (2,11) |          | 13,15 (2,49) | 13,85 (1,37) | -1,6     |

\*  $p < .05$ ; \*\*  $p < .005$ ; \*\*\*  $p < .001$ .

### b) Diferencias ligadas al género

Como ya avanzamos, los procesos evaluativos tanto de la propia actuación como de la del cónyuge resultaron ser significativamente distintos en el caso de los padres y las madres (véase Tabla 2). Así, las mujeres se autoevaluaron con una media de 7.50, al tiempo que valoraron a sus parejas como padres con una puntuación promedio de 7.55. En el caso de los hombres, el valor medio de su autovaloración fue 6.45, y el de la evaluación de sus compañeras 9.10. Como se desprende de los datos anteriores y aparece reflejado en la Figura 1, existe una tendencia invertida o cruzada en ambos sexos a la hora de valorar el propio desempeño y el de la pareja como madre o padre: mientras que la autoevaluación de las mujeres es significativamente mayor que la de los padres,  $t(2,93) = 2.96$  ( $p < .005$ ), la valoración que estos últimos hacen de su pareja como madre supera muy significativamente la que las mujeres hacen de sus compañeros como padres  $t(2,92) = -4.8$  ( $p < .001$ ). Por otro lado, la correlación que se apuntaba a nivel general entre la propia valoración y la del cónyuge no se observa de igual forma en ambos sexos (véase Tabla 1), sino que resulta ser privativa de las madres. Así, mientras que éstas tienden a valorar su propia actuación y la de su cónyuge con valores similares ( $r = .47$ ,  $p < .001$ ), tal relación no llega a ser significativa en el caso de los hombres que, como decíamos, tienden a evaluar el desempeño de sus compañeras en términos mucho más positivos que el propio.

TABLA 2. CORRELACIONES ENTRE LA RELACIÓN CONYUGAL Y LOS PROCESOS EVALUATIVOS, EN GENERAL Y POR SEPARADO, PARA MADRES Y PADRES

|                             | General |      | Madres |      | Padres |       |
|-----------------------------|---------|------|--------|------|--------|-------|
|                             | E       | A    | E      | A    | E      | A     |
| Relación conyugal (RC)      | .348*** | .049 | .375** | .022 | .197   | .329* |
| Autoevaluación (A)          | .189    |      | .47*** |      | .049   |       |
| Evaluación de la pareja (E) |         |      |        |      |        |       |

\*  $p < .05$ ; \*\*  $p < .005$ ; \*\*\*  $p < .001$ .

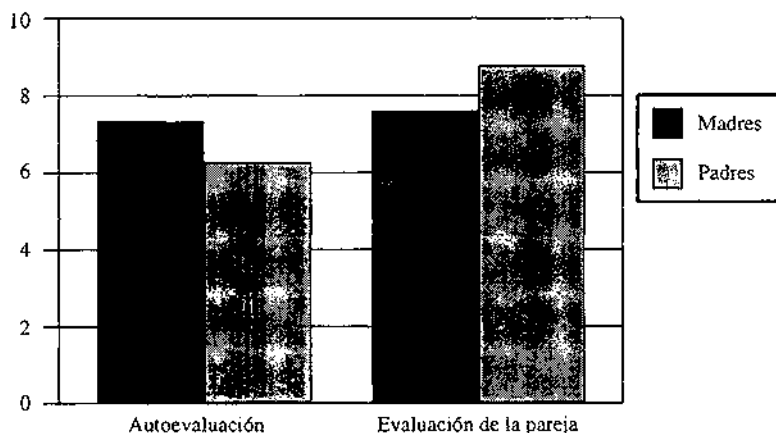


Figura 1. Diferencias en los procesos evaluativos en función del género.

En cuanto a las relaciones existentes con los diferentes índices sociodemográficos, los análisis separados para madres y padres arrojaron diversos resultados interesantes. En primer lugar, constatamos que la tendencia encontrada a nivel general, relativa a que las personas de nivel de estudios alto tendían a evaluar mejor la actuación de sus parejas, tenía lugar en mayor medida entre las madres  $F(2,53) = 3.16$  ( $p < .05$ ), pero no en el caso de los padres. Por otra parte, el hecho de que la mujer tuviera o no un trabajo extradoméstico, que tomados los datos en su conjunto no guardaba relación con los procesos evaluativos considerados, sí se asoció a diferencias significativas al realizar análisis separados para madres y padres en la autoevaluación de ambos, aunque no en su evaluación de la pareja. Así, como puede observarse en la Figura 2, estas diferencias dieron lugar a un nuevo efecto opuesto o cruzado entre ambos progenitores: las mujeres que no trabajaban fuera del hogar se autoevaluaron mejor como madres que las que sí tenían un empleo extradoméstico,  $t(2,53) = -2.65$ , ( $p < .01$ ); en el caso de los hombres, sin embargo, valoraron mejor su desempeño como padres aquellos cuyas compañeras trabajaban fuera del hogar,  $t(2,38) = 2.56$  ( $p < .01$ ).

Los análisis separados para madres y padres también clarificaron y matizaron las tendencias encontradas a nivel general entre los procesos evaluativos y la relación conyugal. Como se recordará, al tomar toda la muestra en su conjunto las características de la relación de pareja guardaban relación con la evaluación del desempeño del cónyuge, pero no del propio. Sin embargo, y en consonancia con los resultados anteriores, al analizar separadamente los datos relativos a madres y padres observamos de nuevo patrones de relación propios y distintos para cada sexo (véase Tabla 2). En el caso de las madres, los resultados son similares a los encontrados a nivel general, es decir, su propia valoración no se relacionó de forma significativa con su percepción de la relación conyugal, pero evaluaron mejor la actuación de sus compañeros en la medida en que tenían con éstos una relación de pareja más satisfactoria ( $r = .378$ ,  $p < .001$ ). No obstante, esta ten-

dencia no resultó ser estadísticamente significativa entre los padres, los cuales, sin embargo, tendieron a mostrarse más satisfechos con su propio desempeño mientras mejor valoraran su relación conyugal ( $r = .329$ ,  $p < .05$ ).

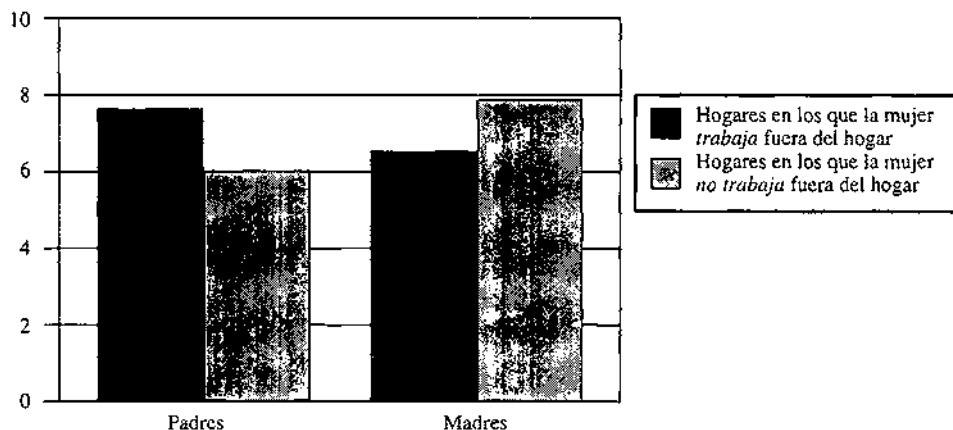


Figura 2. Diferencias en la autoevaluación como progenitores en función del estatus laboral de las madres.

## Discusión

Tal y como esperábamos, los análisis realizados muestran que los procesos evaluativos en relación con la paternidad y maternidad no son independientes de la valoración que los sujetos hacen de su relación de pareja. Estos resultados, en línea con las conclusiones más generales de la literatura ecológico-sistémica sobre el desarrollo adulto (Emery y Tuer, 1993; Parke, 1995; Schaffer, 1996), avallan que los papeles como cónyuges y como padre y madre, además de constituir dos de las experiencias vitales más relevantes de la adultez, mantienen importantes conexiones entre sí. En concreto, en estas relaciones parece desempeñar un papel especialmente relevante la valoración de la actuación del cónyuge como padre o madre pues, como se recordará, ni la autoevaluación ni la calidad percibida de las relaciones de pareja guardaban una relación estadísticamente significativa entre sí, pero ambos índices sí correlacionaban con la evaluación del cónyuge. Estos resultados no son directamente comparables con los que resumíamos en la introducción, referidos al papel que la alianza parental desempeña en la relación entre los roles como cónyuges y como padre y madre (Floyd *et al.*, 1998; McBride y Rane, 1998), ya que en nuestro estudio no evaluamos este constructo como tal. Pero, desde nuestro punto de vista, estos datos admiten una lectura muy similar, desde la cual es justamente la visión que se tiene de la pareja como progenitor o progenitora la dimensión que enlaza la interacción que, a nivel individual, se produce entre la vivencia de la relación conyugal y la que se tiene del desenvolvimiento como madre o padre.

No obstante, los datos obtenidos reflejan sobre todo importantes y significativas diferencias ligadas al género, tanto en los diversos procesos considerados como en la relación entre los mismos. Así, y como se recordará, los análisis efectuados por separado para madres y padres mostraron que algunas de las relaciones encontradas a nivel general sólo tenían lugar de forma significativa en uno u otro sexo, o bien se mostraban en sentido inverso u opuesto en cada caso, de forma que estas tendencias opuestas no se podían poner de manifiesto en los análisis efectuados con todos los sujetos y, de hecho, quedaban ocultas en los mismos. Estos resultados indican, en definitiva, que los procesos considerados presentan un perfil muy distinto en el caso de las madres y en el de los padres.

Por un lado, la valoración que las madres hacían de sí mismas era sensiblemente superior a la autoevaluación de los padres, sin embargo, al tomar en consideración el desempeño del cónyuge, los varones tendieron a evaluar mejor la actuación de sus compañeras que ellas la de ellos. Estas diferencias, que como reflejamos en la Figura 1 dieron lugar gráficamente a un efecto cruzado, no hacen sino confirmar, como señalamos en la introducción, que existen vivencias muy distintas en los procesos relacionados con la paternidad y la maternidad: ser madre y ser padre, en nuestro contexto cultural, no significa lo mismo, implica procesos distintos. Tomando en cuenta las historias de socialización diferencial de hombres y mujeres, resulta comprensible que por término medio ambos tiendan a afrontar la crianza infantil con actitudes, valores, y conocimientos distintos; si partiendo de niveles distintos, deben afrontar además una situación que, a menudo, les plantea exigencias diferentes, los perfiles diferenciales resultantes son poco sorprendentes.

Parece por tanto razonable suponer que, en buena medida, las diferencias anteriores tienen que ver, sobre todo, con la identificación de hombres y mujeres con esos papeles y, asimismo, con su implicación en las tareas relacionadas con el cuidado y la educación infantil. Como dejan claro distintos autores (Cowan y Cowan, 2000; Emery y Tuer, 1993; Palacios y Moreno, 1996), en todo lo relativo a la paternidad y la maternidad, hombres y mujeres caminan a ritmos diferentes. Las mujeres en general, y como resultado de la socialización específica que reciben en este sentido, suelen estar más preparadas y/o ponen más medios para prepararse y afrontar la maternidad de forma activa, y por tanto su implicación e identificación con este rol se produce pronto y está casi asegurada (lo que sería interpretado desde la etología como fundamental para la supervivencia de la especie). Resulta lógico que esta mayor identificación con el nuevo rol facilite que la satisfacción y comodidad con el mismo sea también mayor, lo cual explicaría que las mujeres, mucho más identificadas e implicadas que los padres, se sientan más satisfechas con su desempeño como madres.

Las importantes diferencias entre varones y mujeres se hacen más firmes y sólidas cuando analizamos los resultados encontrados acerca de la relación entre los procesos evaluativos y las relaciones conyugales. Así, los resultados indican que en el caso de las madres esta relación responde al perfil más general que aparecía en la totalidad de la muestra, es decir, la vivencia y satisfacción con las relaciones conyugales guardan una conexión significativa con la valoración del cónyuge como padre o madre, no con la propia. Pero entre los varones sí encon-

tramos una relación estadísticamente relevante entre la calidad percibida de las relaciones de pareja y la propia autoevaluación como padres. Estos resultados no hacen sino confirmar que el grado de independencia y diferenciación entre ambas facetas de la identidad personal es notablemente mayor en el caso de las mujeres, para las que los papeles de madre y compañera parecen estar más separados, de forma que en general son capaces de identificarse y desenvolverse satisfactoriamente en su papel de madres al margen de que dispongan o no de apoyo por parte de su pareja, probablemente por el considerable peso que la maternidad tiene dentro de la identidad femenina (Chodorow, 1992, y Whitbourne, 1986, ambos citados en Serra *et al.*, 1998; Hooker *et al.*, 1996). En el caso de los varones, sin embargo, y como queda claro en la literatura (Cowan y Cowan, 2000; Cox, Owen, Lewis y Henderson, 1989; Emery y Tuer, 1993), ambos papeles son más dependientes entre sí, de forma que los que se identifican e implican más en su papel de padres suelen ser los que cuentan con más apoyo conyugal. Pero que el apoyo del cónyuge no resulte imprescindible para las mujeres no significa que no sea beneficioso, de hecho, los análisis muestran, como ya indicamos, una relación muy significativa entre la satisfacción que las mujeres tienen del desempeño de sus cónyuges como padres y las características de su relación conyugal; hecho que, como muestra la literatura de corte ecológico (Emery y Tuer, 1993; Feldman y Nash, 1986; Palkovitz y Copes, 1988), terminará repercutiendo en el propio desempeño materno como efecto de segundo orden. En definitiva, estas diferencias tienden a confirmar que, como resumíamos en la introducción, mientras que las mujeres pueden *beneficiarse* del apoyo del cónyuge para desenvolverse como madres, muchos hombres tienden a *necesitar* dicho apoyo.

Tanto las importantes diferencias ligadas al género, como la relación entre los procesos evaluativos y la relación conyugal, suponen a nuestro juicio resultados interesantes pero hasta cierto punto esperables y, por ello, poco sorprendentes. No obstante, más inesperada fue la importancia que en nuestros análisis mostró tener el hecho de que la mujer trabaje o no fuera del hogar. Así, como se recordará, encontramos que las mujeres que tenían un empleo extradoméstico hacían una valoración más negativa de su propio desempeño como madres que aquellas que no trabajaban fuera del hogar. Desde nuestro punto de vista la explicación de este resultado está en la misma línea que los comentarios anteriores. Los valores y creencias gestados en los procesos de socialización de los roles de género, así como las expectativas sociales predominantes al respecto, continúan siendo en nuestra cultura diferentes para hombres y mujeres. Así, mientras que para los primeros el rol de padre es, sin duda, una parte importante de su autoconcepto, para las segundas el papel de madre es central (Hooker *et al.*, 1996), de forma que la identidad femenina está con mucha frecuencia y en mayor medida muy ligada a «ser una buena madre». Como resultado de estas diferencias, es comprensible encontrar que las mujeres vivencien cualquier otra actividad, para cuya relevancia no han sido socializadas en la misma medida, como incompatible con el «buen» desempeño de la maternidad (Hidalgo, 1998; Menéndez, 1999).

Esta constatación de una cierta insatisfacción entre las madres trabajadoras está presente en la literatura (Amstey y Whitbourne, 1988; Crouter y McHale, 1993; Crouter *et al.*, 1987), más novedoso resulta, sin embargo, el que la situa-



ción laboral de las madres guarde relación con la valoración que los padres hacen de su propio desempeño. Así, los resultados obtenidos en nuestro estudio mostraron que tendían a evaluarse mejor a sí mismos como padres aquellos hombres cuyas compañeras trabajaban fuera del hogar. Parece razonable suponer que este resultado se debe a que, como muestra la literatura sobre implicación paterna (Barnett y Baruch, 1988; McBride, 1990; Menéndez, 1999; Menéndez e Hidalgo, 1999; Riley, 1990), cuando la mujer trabaja fuera del hogar el varón tiende a implicarse de forma más activa en las tareas de cuidado y crianza infantil, y esta mayor implicación lleva con toda probabilidad aparejada una mayor identificación con el papel de padre. Sin duda, nos encontramos de nuevo ante efectos de segundo orden que no hacen sino confirmar que el contexto familiar es un sistema de relaciones interdependientes. Además, y como hemos señalado en otro lugar (Menéndez, 1999; Menéndez e Hidalgo, 1997; 1999), estos resultados apoyan la tesis sostenida por diversos autores (Barnett y Baruch, 1987, 1988; Crouter y Manke, 1997; Crouter y McHale, 1993; Crouter *et al.*, 1987; Riley, 1987, 1990) según la cual, desde una perspectiva ecológico-sistémica, la situación laboral de las madres no es un índice sociodemográfico más, sino que tiende a configurar y generar dos contextos familiares ecológicamente diferentes, en los que tienen lugar procesos distintos, y en los que las diversas dimensiones implicadas en la paternidad y la maternidad se relacionan entre sí de forma diferente.

En resumen, creemos que los resultados expuestos sobre la valoración que varones y mujeres hacen de sus papeles como cónyuges y progenitor y progenitora son consistentes con la concepción que, desde una perspectiva ecológica y sistémica, se va afianzando acerca del desarrollo adulto en el marco del contexto familiar. La vivencia y el desempeño de la paternidad y la maternidad guardan una estrecha relación con otras facetas de la realidad vital del adulto, entre las que sin duda destaca la dinámica de sus relaciones de pareja. Estas conexiones y, en general, su desarrollo psicológico, no tienen lugar en el vacío sino inmersas en un contexto más amplio que influye decisivamente en las mismas. Parte de estas complejas influencias se manifiesta con especial contundencia en las importantes diferencias que, en la actualidad, continúan existiendo entre padres y madres, e igualmente se traducen a través de los distintos procesos asociados al hecho de que las mujeres trabajen o no de forma remunerada fuera del hogar.

## REFERENCIAS

- Abidin, R. R. & Brunner, J. F. (1995). Development of a parenting alliance inventory. *Journal of Clinical Child Psychology*, 24 (1), 31-40.
- Alberdi, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus.
- Amstey, F.H. & Whitbourne, S.K. (1988). Work and motherhood: transition to parenthood and women's employment. *Journal of Genetic Psychology*, 149, 111-118.
- Bailey, W.T. (1986). *Father's knowledge of development and his involvement with preschool age children*. Biennial Meeting of the Southwestern Society for Research in Human Development, San Antonio, Texas.
- Barnett, R.C. & Baruch, G.K. (1987). Determinants of fathers' participation in family work. *Journal of Marriage and the Family*, 49, 29-40.
- Barnett, R.C. & Baruch, G.K. (1988). Correlates of fathers' participation in family work. En P. Bronstein y C.P. Cowan (Eds.), *Fatherhood Today: Men's Changing Role in the Family*. New York: Wiley.

- Beisky, J., Lang, M.E. & Huston, T.L. (1986). Sex typing and division of labor as determinants of marital change across the transition to parenthood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 30, 1-6.
- Belsky, J. & Rovine, M. (1990). Patterns of marital change across the transition to parenthood: pregnancy to three years postpartum. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 5-19.
- Binda, W. & Crippa, F. (2000). Parental self-efficacy and characteristics of mother and father in the transition to parenthood. En C. Violato & E. Oddone-Paolucci (Eds.), *The changing family and child development* (pp. 117-131). Aldershot, England: Ashgate Publishing.
- Blanco, A. (1985). Factores psicosociales de la vida adulta. En M. Carretero, J. Palacios y A. Marchesi (Comps.), *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, adultez y senectud*. Madrid: Alianza.
- Bornstein, M.H., Haynes, O.M., Azuma, H., Galperin, C., Maital, S., Ogino, M., Painter, K., Pascual, L., Pêcheux, M.G., Rahn, C.H., Toda, S., Venuti, P., Vyt, A. & Wright, B. (1998). A cross-national study of self-evaluation and attributions in parenting: Argentina, Belgium, France, Israel, Italy, Japan, and the United States. *Developmental Psychology*, 34 (4), 662-676.
- Bueno, B., Vega, J.L. y Buz, J. (1999). Desarrollo social a partir de la mitad de la vida. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Comps.), *Desarrollo psicológico y educación 1. Psicología evolutiva*. Madrid: Alianza.
- Coleman, P. K. & Karraker, K.H. (2000). Parenting self-efficacy among mothers of school-age children: conceptualization, measurement, and correlates. *Family Relations*, 49 (1), 13-24.
- Cowan, C.P. & Cowan, P.A. (2000). *When partners become parents. The big life change for couples*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Cowan, C.P., Cowan, P.A., Heming, G. & Miller, N.B. (1991). Becoming a Family: Marriage, parenting and child development. En P.A. Cowan & M. Hetherington (Eds.), *Family Transitions*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Cox, M.J., Owen, M.T., Lewis, J.M. & Henderson, V.K. (1989). Marriage, adult adjustment and early parenting. *Child Development*, 60, 1015-1024.
- Crouter, A.C. & Manke, B. (1997). Development a typology of dual-earner families: a window into differences between and within families in relationships, roles and activities. *Journal of Family Psychology*, 11 (1), 62-75.
- Crouter, A.C. y McHale, S.M. (1993). The long arm of the job: influences of parental work on childrearing. En T. Luster y L. Okagaki (Eds.), *Parenting. An ecological perspective*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Crouter, A.C., Perry-Jenkins, M., Huston, T.L. y McHale, S.M. (1987). Processes underlying father involvement in dual-earner and single-earner families. *Developmental Psychology*, 23 (3), 431-440.
- Emery, R.E. & Tuer, M. (1993). Parenting and the marital relationship. En T. Luster y L. Okagaki (Eds.), *Parenting. An ecological perspective*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Erikson, E.H. (1980). *Identity and the life cycle*. New York: Norton.
- Feldman, S.S. (1987). Predicting strain in mothers and fathers of 6 month old infants: A short term longitudinal study. En F. Pederson & P. Berman, (Eds.), *Men transition to fatherhood: Longitudinal Studies of Early Family Experiences*. Hillsdale, N.J: Erlbaum.
- Feldman, S.S. & Nash, S.C. (1986). Antecedents of early parenting. En A. Fogel & G.F. Melson (Eds.), *Origins of nurturance. Developmental, biological and cultural perspectives on caregiving*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Floyd, F. J., Gilliom, L. A. & Costigan, C. L. (1998). Marriage and the parenting alliance: longitudinal prediction of change in parenting perceptions and behaviors. *Child Development*, 69 (5), 1461-1479.
- Gross, D., Conrad, B., Føgg, L. & Wothke, W. (1994). A longitudinal model of maternal self-efficacy, depression, and difficult temperament during toddlerhood. *Research in Nursing and Health*, 17 (3), 207-215.
- Hidalgo, M.V. (1994). *El proceso de convertirse en padre y madre. Análisis ecológico desde la psicología evolutiva*. Universidad de Sevilla: Tesis doctoral no publicada.
- Hidalgo, M.V. (1996). Mujeres y hombres ante la tarea de ser padres. Algunas de sus dificultades y necesidades de apoyo. *Apuntes de Psicología*, 47, 27-39.
- Hidalgo, M.V. (1998). Transición a la maternidad y la paternidad. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza.
- Hidalgo, M.V. y Menéndez, S. (2002). La familia ante la llegada de los hijos. *Familia: Revista de Ciencias y Orientación Familiar*, 24, 23-42.
- Holden, G.W. (1995). Parental attitudes toward childrearing. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting, vol. 3: status and social conditions of parenting*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Hooker, K., Fiese, B.H., Jenkins, L., Morfe, M.Z. & Schawagler, J. (1996). Possible selves among parents of infants and preschoolers. *Developmental Psychology*, 32 (3), 542-550.
- Knauth, D.G. (2000). Predictors of parental sense of competence for the couple during the transition to parenthood. *Research in Nursing and Health*, 23, 496-509.
- Levy-Shiff, R. (1994). Individual and contextual correlates of marital change across the transition to parenthood. *Developmental Psychology*, 30 (4), 591-601.

- Marks, N.F. & Lambert, J.D. (1998). Marital status continuity and change among young and midlife adults. *Journal of Family Issues*, 19 (6), 652-687.
- McBride, B.A. (1989). Stress and fathers' paternal competence: implications for family life and parent educators. *Family Relations*, 38, 385-389.
- McBride, B.A. & Rane, T.R. (1998). Parenting alliance as a predictor of father involvement: An exploratory study. *Family Relations*, 47, 229-236.
- Menéndez, S. (1994). *La implicación del padre en la crianza y la educación de sus hijos: análisis exploratorio con una muestra andaluza*. Universidad de Sevilla: Trabajo de investigación no publicado.
- Menéndez, S. (1999). *La implicación del padre en la crianza y el cuidado de sus hijos e hijas. Un estudio evolutivo*. Universidad de Sevilla: Tesis doctoral no publicada.
- Menéndez, S. e Hidalgo, M.V. (1997). La participación del padre en el cuidado de sus hijos e hijas y la interacción del trabajo. *Revista de Psicología de la Universitat Tarraconensis*, 19 (2), 5-22.
- Menéndez, S. e Hidalgo, M.V. (1999). La participación del padre en las tareas de crianza y cuidado de sus hijos e hijas. *Apuntes de Psicología*, 16 (3), 333-344.
- Menéndez, S. y Moreno, M.C. (1994). *Diferentes estilos de implicación paterna y procesos evaluativos asociados: análisis exploratorio con una muestra andaluza*. Comunicación presentada en el Simposio Internacional «La figura del padre en la familia de sociedades desarrolladas». Las Palmas de Gran Canaria, 5-8 de octubre.
- Olioff, M. & Aboud, E. (1991). Predicting postpartum dysphoria in primiparous mothers: Roles of perceived parenting self-efficacy and self-esteem. *Journal of Cognitive Psychotherapy*, 5 (1), 3-14.
- Palacios, J. (1999). Cambio y desarrollo durante la adultez y la vejez. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Coords.), *Desarrollo psicológico y educación 1. Psicología evolutiva*. Madrid: Alianza.
- Palacios, J., González, M.M. y Moreno, C. (1991). Ideas, interacción, vida cotidiana y desarrollo. *Monografía n° 3. La Psicología hoy: algunos campos de actuación*. Sevilla: UNED.
- Palacios, J., González, M.M. & Moreno, M.C. (1992). Stimulating the child in the Zone of Proximal Development: the role of parents' ideas. En I. Sigel, J. Goodnow & A. McGillicuddy-DeLisi (Ed.), *Parental Beliefs Systems*. New Jersey: LEA.
- Palacios, J. & Moreno, M.C. (1996). Parents' and adolescents' ideas on children. Origins and transmission of intracultural diversity. En S. Harkness and Ch. M. Super, *Parents' cultural belief systems*. New York: Guilford Press.
- Palkovitz, R. & Copes, M. (1988). Changes in attitudes, beliefs and expectations associated with the transition to parenthood. *Marriage and Family Review*, 12, 183-199.
- Pancer, S.M., Pratt, M., Hunsberger, B. & Gallart, M. (2000). Thinking ahead: complexity of expectations and the transition to parenthood. *Journal of Personality*, 68 (2), 253-280.
- Parke, R.D. (1995). Fathers and families. En M.H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting, vol. 3. Status and social conditions of parenting*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Riley, D. (1987). *Father involvement with six year old: Correlates differ by maternal employment status and area of childrearing involvement*. Biennial Meetings of the Society for Research in Child Development, Baltimore.
- Riley, D. (1990). Network influences on father involvement in childrearing. En M. Cochran, M. Lerner, D. Riley, L. Gunnarsson & C.R. Henderson (Eds.), *Extending families. The social networks of parents and their children*. New York: Cambridge Univ. Press.
- Schaffer, H.R. (1996). *Social development*. Cambridge: Massachusetts.
- Serra, E., Gómez, L., Pérez-Blasco, J. y Zacarés, J.J. (1998). Hacerse adulto en la familia: una oportunidad para la madurez. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza.
- Terry, D.J., McHugh, T.A. & Noller, P. (1991). Role dissatisfaction the decline in marital quality across the transition to parenthood. *Australian Journal of Psychology*, 43, 129-132.
- Teti, M. & Gelfand, M. (1991). Behavioral competence among mothers of infants in the first year: The mediational role of maternal self-efficacy. *Child Development*, 62 (5), 918-929.
- Tomilson, P.S. & Iruin, B. (1993). Qualitative study of women's reports of family adaptation pattern four years following transition to parenthood. *Issues in Mental Health Nursing*, 14, 119-138.
- Volling, B.L. & Belsky, J. (1991). Multiple determinants of father involvement during infancy in dual-earner and single-earner families. *Journal of Marriage and the Family*, 53, 461-474.
- Wallace, P. M. & Gottlib, I. H. (1990). Marital adjustment during the transition to parenthood: stability and predictors of change. *Journal of Marriage and the Family*, 52 (1), 21-29.
- Wilson, B.J. & Gottman, J. M. (1995). Marital interaction and parenting. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting, vol. 4: Applied and practical parenting*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

